

LARS, 2 AR (I MUNKFORS) 1956

SUECIA: EL HOGAR DEL PUEBLO

¡Autodidactas de la gleba, guerreros de la palabra! Sus escritos fueron verdaderos cañones contra el subdesarrollo. Nada tuvieron que pedirle a la inspiración, solo les bastó echarle una mirada a las ignominiosas relaciones de producción dadas tanto en el agro como en los improvisados talleres de la incipiente industria sueca. Así ayudaron a sacar a Suecia del atraso, a construir lo que llamaron *El hogar del pueblo*. Esa fue la tarea política que el fantasma que recorría a Europa a mediados del siglo 19 le dejó a la literatura.

Victor Rojas

ERRATAS INVOLUNTARIAS: Solicitamos disculpas a nuestros lectores, debido a errores en el montaje de la página 4, -edición del pasado 5 de abril- apareciendo esta al revés, siendo casi imposible su lectura, a no ser con ayuda de espejos. De igual manera, en la página 2, aparecen trastocadas las columnas: la columna 2 aparece en el sitio correspondiente a la columna 3 y viceversa. Rogamos tomar nota al respecto.



SI HAY DESAPARECIDOS NO HAY PAZ

¿DONDE ESTÁ ARQUÍMIDES CRUZ?

Guerreros de la palabra

VÍCTOR ROJAS

Ilustraciones de Lars Lerin

El fantasma que describía el filósofo Carlos Marx, en 1848, pasó de largo, rumbo al país de los zares, sin siquiera amedrentar a los latifundistas suecos de la época. Era un fantasma que llevaba afán pues aquí, en la patria de Strindberg, encargó a la literatura las tareas de la política. Y ese es un encargo bastante difícil de entender.

Ante los ojos de muchos de los estudiosos de los cambios sociales, las condiciones de extrema pobreza en que vivían los labriegos de Suecia, para ser acabadas requerían de violentas agitaciones de las masas y no de ruidosos talleres de imprenta. Sin embargo, para sorpresa de muchos y como caso único en el mundo, fueron más efectivas las plumas de los escritores que los discursos incendiarios de los agitadores.

No se exagera al afirmar que la enloquecedora miseria era lo único que poseían los jornaleros del agro sueco. Todas esas vidas paupérrimas eran un caldo de cultivo para cualquier sublevación armada. La más audaz mejoría que les había sido dada cuando el fantasma del comunismo recorría Europa, era la de haberle abreviado el nombre a la forma cómo eran explotados. De haber vivido como "siervos de la gleba" (creo que es la acepción que más se acerca a "livegna"), pasaron a ganar las migajas del pan del día como simple "siervos" (llamemos así, en aras de la abreviación, a quienes en Suecia se conocen como "Statare").

El sistema de "siervos de la gleba" se dio, aunque en escala reducida, en la región de Escania. Consistía esta ignominiosa relación laboral en que el jornalero era un arbusto más sobre el latifundio. Un palo de arándanos. Un espantapájaros que cuidaba de la siembra pero que a la hora de la cosecha era desmontado y olvidado. Los historiadores son menos complicados en la descripción de los "livegna". Aclaran al vuelo que tales campesinos heredaban la relación de dependencia con los terratenientes y, por supuesto, con el terruño donde nacían. Se llegaba al mundo con esa desventajosa condición. A los siervos de la gleba, el latifundista les asignaba una pequeña parcela, no por ser bueno de corazón, sino porque de esa manera se libraba de la manutención de la mano de obra. Los peones se podían dedicar al culti-

vo de la parcela después de la extenuante jornada laboral. Además, por el usufructo de esa ínfima de tierra, aquellos desventurados seres tenían que pagar elevados impuestos. Los "livegna", no tenían en su lenguaje la palabra "derechos". Su única función en la vida era mantenerse por sí solos y mantener a otros. Al ser vendido un feudo, de hecho se les incluía en la venta. Y como es de suponer, bajo ninguna circunstancia podían abandonar la parcela sin el consentimiento expreso del terrateniente. Y como una doble maldición, les estaba rotundamente prohibido a los latifundistas desahuciarlos, expulsarlos de sus terruños. Eso puede dar a entender que un esclavo espartano tenía mejor suerte, pues su amo lo podía vender poniéndole precio a la fortaleza de sus músculos o el brillo de sus dientes. Los "livegna", en cambio, no eran dueños ni siquiera de su propia fuerza, pues su suerte estaba condicionada a la suerte del feudo. Por lo demás, en un mes cualquiera de 1847 se declaró que todos los esclavos que se hallaban en Suecia, quedaban libres.

El otro sistema de explotación de la mano de obra rural, el conocido como "statare", tenía, como todas las cosas suecas, bien claras las reglas de juego. Y tal vez por eso fue el régimen laboral que más se arraigó en el campo. El fenómeno del siervo se dio sobre todo en los grandes latifundios.

Para empezar, se le imputa al terrateniente Eric Salander de haber propuesto en 1750 que se implementara dicho sistema. El asunto, decía, era muy sencillo. Si los peones vivían en las cercanías de las fincas, se obtenía con ello un par de beneficios. Por una parte, se ahorrarían las horas de desplazamiento a sus hogares, que bien podrían ser utilizadas en otros quehaceres. Por otra parte, se tendría un mayor control de sus actividades laborales. Además, construir barracas en los rincones del feudo no costaba mayor fortuna.

Cuando la clase latifundista sueca se convenció de estas ventajas, se dio de inmediato la tarea de reglamentarla. Un "statare" debería ser un peón con mujer que suscribiera un contrato laboral por un año, siempre a partir de la primera semana de octubre. Quedaba implícito en dicho contrato que su mujer durante ese año también haría parte de la producción. La principal tarea de ella era la de ordeñar las vacas. A las 3 y 30 de la mañana, así los campos amanecieran cubiertos de nieve o empantanados por inclementes lluvias, tenía que estar bajo las ubres de las reses y cumplir tres turnos de ordeño que se prolongaban hasta las 6 y 30 de la tarde. Antes de irse a descansar, la ordeñadora tenía que dejar bien aseadas las cantinas de la leche. A esa tarea ayudaban las hijas mayores, si las había en el matrimo-

nio. En casos de embarazo, a la mujer del siervo le era permitido abandonar sus labores sólo cuando le empezaban los dolores del parto. Pero al día siguiente de haber dado a luz, tenía que estar de nuevo sentada a la cola de las vacas. Un peón sin mujer, estaba condenado a morir de hambre, pues no tenía ni la más mínima oportunidad de ser contratado.

La jornada del siervo empezaba a las cuatro de la mañana y se prolongaba 9 horas, así el día viniera pintado de rojo en el almanaque. Tenía derecho durante el año del contrato a 7 días pagos, de los cuales 3 y medio eran de vacaciones. También se le daba la posibilidad de disponer para sus asuntos personales de entre 30 y 50 días al año. Eso sí, que fueran sábados o domingos y, por supuesto, sin remuneración alguna. El salario lo recibía en especie. Ya fuera en leña, leche o cereales. El siervo tenía derecho a vivir con su familia en la barraca y a sembrar cien kilos de papas al año. De la construcción y las condiciones higiénicas de su vivienda, es mejor no describirlas para no llamar a la repugnancia. Y para cerrar el cuadro, al terrateniente le era permitido castigar a sus peones.

Siervos hubo sobretodo en los llanos de Södermanland y los valles melares. En este último lugar eran conocidos como los Nómadas de los Melares, pues las miserables viviendas en que eran ubicados los obligaban a mudarse

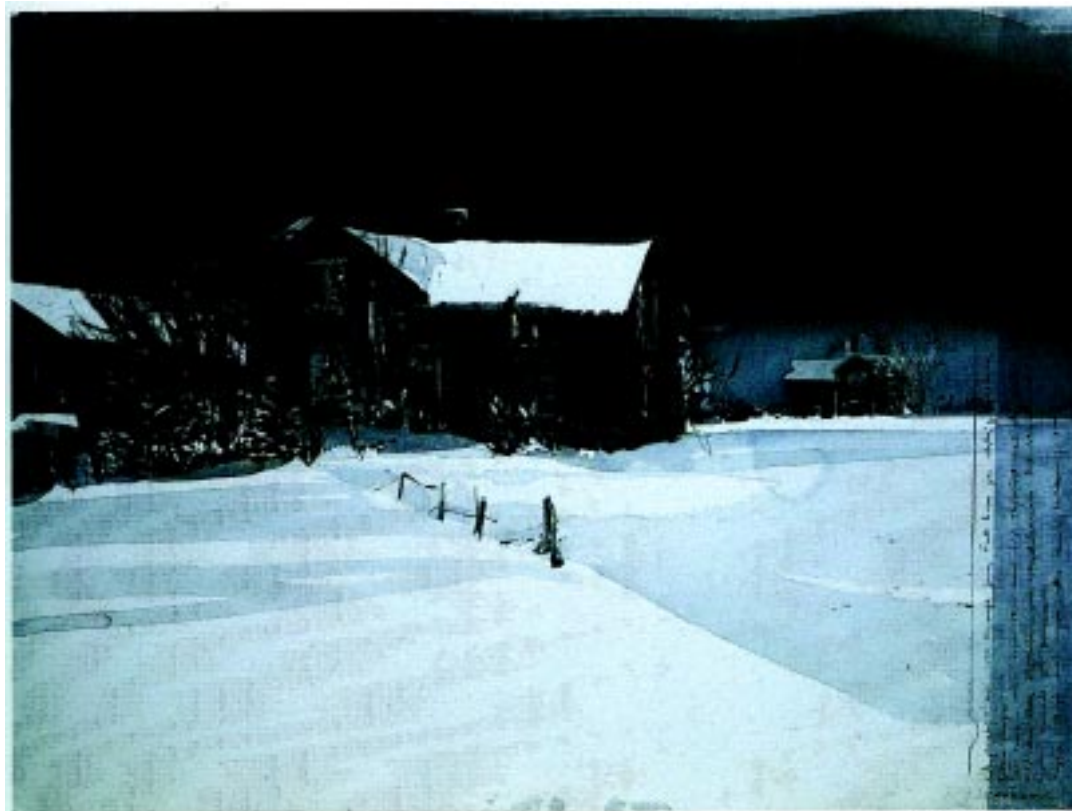
cada año en busca de mejores condiciones de vida. El año en que más familias "statare" hubo fue en 1905. Eran alrededor de 35 mil familias de jornaleros dueños de la nada.

En la región de Småland predominó otro tipo de peón rural, los incansables "torpare". Estos feudatarios podían vivir lejos de los latifundios, tener rancho propio y ser dueños de insignificantes cosas, como un par de gallinas o un buey para arar la tierra. La parcela donde levantaban la morada y cultivaban era alquilada a un latifundista. El arriendo lo pagaban jornaleando en los terrenos del patrón.

Esos eran los tejes y manejes de la producción agraria en Suecia hace 150 años. La gran mayoría de pobladores de esa época estaba compuesta de siervos sin tierra, ordeñadoras sin derechos, leñadores desnutridos, jóvenes analfabetas y niños rubios que a la hora del sueño compartían con las cucarachas los rincones de los bohíos. Todos estaban condenados a ser herederos de la miseria y blanco preferido de las enfermedades.

Cien largos inviernos transcurrieron en Suecia desde la aparición del *Manifiesto Comunista* hasta la abolición del sistema de los "Statare". Qué difícil creerlo, cuando hoy en día los ciudadanos suecos nacen en una nación boyante cuyas políticas de bienestar social han sido admiradas y soñadas para otros pueblos. Donde el sector público está tan desarrollado que algunos sectores religiosos acusan al Estado sueco de haber usurpado el rol de la familia tradicional. Donde el derecho de los animales se respeta tanto como el derecho de los humanos. Donde cada niño que nace, además de traer el pedazo de pan debajo del brazo, trae una computadora de conexión inalámbrica a las redes de internet.

En fin. Si las relaciones laborales de los siervos con los terratenientes eran injustas hasta la vergüenza, el contacto con la naturaleza era, sencillamente, indescriptible. Esos encantadores bosques y apacibles lagos que hoy día, en las horas estivales, hacen del campo sueco un verdadero edén, eran en esa época, sobretodo en tiempos de invierno, un indiscutible infierno tanto para los jornaleros agrícolas como para los animales. Y ante esas adversidades ¿qué hacer? Un millón y medio de sue-



NORRA SNOGA 1992

cos, los más osados, de los 3 y medio que había en esa época, optaron por marcharse del país. Conmovedoras son las escenas que nos legó Wilhem Moberg en sus escritos del leñador Karl Oskar, la bondadosa Kristina y la ramera Ulrika, abandonando los inhóspitos boscajes esmoleños, rumbo a otros sufrimientos pero bien lejos de una hambruna sin igual. Nada podía ser peor. Ni los alacranes de Sydney, ni los reducidos de cabeza de las zonas selváticas brasileras, ni los matones de Minnesota. El hambre, como una maldición bíblica, obligó a los suecos a esparcirse por el mundo. A elevar la cruz anillada el día de San Juan en pueblos perdidos de Cuba. A levantar piedras mortuorias en las pampas argentinas. A añorar en los valles de Australia las albóndigas de carne de alce.

Algunos de los que decidieron quedarse, procuraron ponerle orden a las cosas a través de la anarquía. También caso único en el mundo pues los anarquistas suecos son los seres más organizados que pueda haber sobre la faz de la tierra. Y contra el abandono y la injusticia lucharon negándose a trabajar o, en un intrépido hecho, arrojando una piedra al rancho donde pernoctaban una veintena de esquiroleros agrarios, como nos cuenta el escritor Jan Fridegård en su relato *Una noche de julio*. Tal vez el acto político más violento que los anarquistas cometieron en su lucha por transformar la sociedad fue el de colocar un petardo de baja potencia en Amaltea, un viejo barco de carga. Eso sucedió en 1901, en el puerto sureño de Malmö.

En fin, esa gran masa de jornaleros agrícolas no fue para la historia sueca lo que fueron sus homólogos en otras naciones. Lejos estaban de ser como los intrépidos mujiks del Ejército Rojo de Lenin en Rusia, o los incansables nutrientes de las bases de apoyo del Ejército del Pueblo de Mao Zedong en China. Los campesinos pobres de Suecia vieron pasar de largo, como ya se dijo, el fantasma que asustaba a las clases dominantes. Estaban más interesados en aprender a leer y a escribir que en levantar la hoz a la altura de la cabeza de los terratenientes. A la luz de las velas de cebo garabatearon el alfabeto que les abriría las puertas a mundos maravillosos. Cambiaron la juega de los sábados por apacibles tardes de lectura. Entendieron que la suerte les cambiaba si lograban llevar a la imprenta las penurias sufridas durante largos años. Y así, le robaron al viento los sonidos de otros lenguajes, para armar palabras de solidaridad con los humillados de la tierra. Eso fueron los escritores suecos de la generación de los años 30. ¡Autodidactas de la gleba, guerreros de la palabra! Sus escritos fueron verdaderos cañones contra el subdesarrollo. Nada tuvieron que pedirle a la inspiración, solo les bastó echarle una mirada a las ignominiosas relaciones de producción dadas tanto en el agro como en los improvisados talleres de la incipiente industria sueca. Así ayudaron a sacar a Suecia del atraso, a construir lo que llamaron *El hogar del pueblo*. Esa fue la tarea política que el fantasma que recorría a Europa a mediados del siglo 19 le dejó a la literatura.



SKURANDE 1978

Moa Martinsson* **El libro de Sally**

(APARTES)

Traducción: Víctor Rojas

Extenuada como estaba no sentía que el incómodo lecho lastimaba su sensible y dolorido cuerpo. Por un instante se libera de los tortuosos pensamientos. Un instante, alguna hora. No mucho. La preocupación y la duda no permiten extravagancias, como el profundo sueño, el reposo. La que duerme se sobresalta, se levanta.

-Hay guerra, rezonga. Guerra. He parido. Un niño. Un guerrero quizás, no, eso no.

Llama a Ellen, quien a la distancia cuchichea con los niños a quienes procura mantener en silencio. El mal tiempo no les permite estar afuera, se encuentran sentados en el canapé, a la espera. De vez en cuando preguntan algo en voz baja. Aguardan llenos de expectativa. Están sentados al frente de la entrada donde la madre esta acostada. Y un nuevo hermano, tal como ha dicho la matrona Ellen.

Hay, en el cuarto donde la madre está echada en el suelo, con un pequeño guerrero al lado, todos los libracos de Liter-OLle y periódicos viejos arrumados por doquier.

-¡Madre está llamando!

Se lanzan en tropel. Tres chicos y la matrona Ellen abren la puerta. Los pequeños quedan callados. Qué extraño. Madre esta echada en el piso pero un nuevo hermano no se ve por ningún lado. La matrona Ellen levanta un pequeño envoltorio que está al lado de la madre y dice:

Qué niño tan hermoso, es como si tuviera un mes, nunca antes he visto un recién nacido tan bello. (Estas son las palabras oídas en casi todas las camas de parto. Y las madres, acostadas ya en imperiales camas de colchones de plumas, ya en camastros, ya en un arrume de harapos con el viejo abrigo del andrajoso padre encima, se las creen).

Así es a la llegada de cada ciudadanito. Quizá es mucho decir o muy poco. Hay que preguntarle a los encargados del aseo de las grandes ciudades o a los de las salas de abortos o a cualquier médico o a los jueces de la nación.

De cada dos madres, una se ale-



gra de su recién nacido. (Acaso sea mucho decir). Se alegra que sea hermoso o que la gente diga que es hermoso. Sally es de las que se alegra de sus hijos aunque haya tenido que tenerlos. Sabía que era injusto dar a luz cuando la tierra está superpoblada y los hombres de las finanzas tienen que hacer la guerra en aras de guardar el equilibrio. (Así estaba escrito en muchas partes de los viejos libros y arrumes de periódicos que había leído). Guerra. Sally lo sabía todo acerca de la guerra. ¡Dios santo, tanto sabía y aún así daba a luz en plena guerra! Un recién nacido estaba a su lado y no había nada que comer en casa. ¿El cupón de raciones? Qué, ¿que va a ser del niño? Los niños quieren comida, no cupones. Guerra. Sally había ayudado a preparar la guerra.

Su padre se había ahorcado en el arsenal de granadas, en la armería de cañones. Era un hermo-

so lugar, el mejor lugar que le habían dado y la madre y Sally ayudaron en todo lo que pudieron para que él pudiera hacerle buen mantenimiento. No estaba acostumbrado a trabajar de noche y dormir de día. Nunca se acostumbró a eso. Pero preferible a tener que andar en busca de los bueyes y tras de bueyes en la finca día tras día, así que pensó en escaparse, en hacerse a los caminos. Y así fue como le dieron aquel hermoso lugar como celador nocturno de la armería de cañones. Fue el día más feliz en el hogar de Sally. En esa ocasión Sally y su familia fueron buscados con los fuertes caballos ardeneses de la armería y las siervas se pelearon en invitar a la abuela y a la madre una taza de café y mamá le dijo a papá:

-Ahora tienes que dejar tus andanzas de huelguista. En nueve años nos hemos trasteado treinta y cuatro veces.

Papá creyó que era suficiente y se salió de su sindicato. Además era la condición para que le dieran el puesto. Pero papá tenía buenas referencias, había permanecido mucho en la fábrica. Los encargados de la fábrica lo eligieron de celador entre diez solicitantes, la mayoría hijos de campesinos de los alrededores.

Los encargados de la fábrica no querían tener hijos de campesinos en la celaduría. La mayor parte de las chucherías de la abuela se vendieron, nuevos enseres se compraron de a poco. Pero era como si la abuela no se sintiera realmente bien en los pequeños cuartos nuevos del portón de la armería de cañones. Se volvió silenciosa y cansada, la mayor parte del día se la pasaba acostada y una mañana fue hallada muerta. Sí, quizás murió de vieja, tenía ochenta y cinco años. Sally todavía siente que las lágrimas le salen cuando se acuerda de cómo estaba ella muerta en su cama, en su vieja cama amarillenta en la cocina. Sally esta tirada en el suelo en Márbo y llora por la abuela.

La guerra, sí, los cañones resuenan, las minas en la costa explotan y se oye de vez en cuando hasta Márbo y el pueblo. Sí, allá tienen comida, en el pueblo to-

*Moa Martinsson (1890-1964). Escritora autodidacta. Publicó veinte novelas sobre la dura vida cotidiana de la mujer en la industria y en el campo en Suecia. Destaca su trilogía autobiográfica *Mor gifter sig* (Mamá se casa), «<http://es.wikipedia.org/wiki/1936>» \o «1936» 1936, *Kyrkbröllop* (*Boda en la iglesia*) y *Kungens rosor* (*Las rosas del rey*), «<http://es.wikipedia.org/wiki/1939>» \o «1939» 1939. Se caracterizó por su solidaridad internacional con la clase obrera.

dos tienen comida, las únicas que no tienen es Sally y Ellen. Sí, Ellen comienza también a achacarse desde que Bernhard se volvió a esfumar para ir a beber y a pleitear. Pero Ellen, ella, ella se llevaba bien con la gente del pueblo. Era solamente Sally que no soportaba el pueblo. Ellen era tan callada y dulce y con gusto ayudaba por un ínfimo pago y siempre permitía que los mandamases tuvieran razón.

Eso Sally ahora no lo admitía, había viajado por todas partes, trasteado 34 veces antes de tener 10 años. Sally había estado en la artillería de cañones, en el depósito de granadas y dado vuelta al reloj para controlar la fundición cuando su padre no arriscaba, cuando debía dormir alguna noche, porque nunca se acostumbró a dormir de día... Sally nunca les daba la razón a los mandamases, les gritaba, pero ¿a quien le importaba eso? Sí, tampoco a Sally, ella sencillamente no se podía conformar con el orden de las cosas, y ninguno en el pueblo había ido durante oscuras noches a un inmenso arsenal de granadas. Nadie realmente sabía cómo se alimentaba la guerra. Ninguno en el pueblo sabía cómo era la cosa en el suburbio sureño, nadie más que Ellen, pero ella no lo sabía tan bien como Sally. Ninguno en el pueblo había estado en el interior de una fábrica. El pueblo se sobrepasaba de ingenuo.

-Hablan de que habrá paz, dice Ellen.

Sally niega con la cabeza desde el suelo donde esta tirada.

-Mañana trataremos de llevarte a la cama. Me llevaré los niños a casa para que puedas estar tranquila, tengo quien me ayude en casa.

-¡Nunca te podré pagar, Ellen!
-Boberías, ¿quieres una gota de café?

Sí, Sally quiere café.

Sally se encuentra sola de nuevo. La puerta está cerrada. Los niños cuchichean allá afuera. Escucha como Ellen les promete hacer arepuelas mañana, siempre y cuando hoy se porten juiciosos, las eternas papas y el arenque seco.

-Irán conmigo a casa, dice Ellen y queda en silencio y total calma ahí afuera de la cabaña. - - - Guerra, cañones. Arsenal de granadas:

-Puedes estar hasta las doce de la noche, después voy yo y te reemplazo, dice mamá y pone la cinta, de la cual el reloj de control pende, en el cuello de Sally y le da el viejo reloj de bolsillo de papá para que así pueda pasar las llaves a tiempo. Una pequeña perforación en la cinta por cada pasada de llave. Seis pequeñas perforacio-

nes por hora. Seis pequeñas perforaciones en la cinta de papel, en nueve secciones, seis por hora significaban que la artillería de cañones podía cobrar los seguros en caso de incendio en la noche. Papa ya había recibido la queja de que hacían falta dos perforaciones en un par de veces.

Es día festivo. La fábrica con sus diferentes secciones está desierta y en silencio, no un silencio sepulcral, nunca en una fábrica grande hay silencio total. En el gran taller están las fresadoras y los pequeños dinamos y duermen y descansan. Allí huele a petróleo y estopa y sudor de hombres. No había tanta desolación ni miedo. Las máquinas estaban ahí como gentes y esperaban pacientemente el día de trabajo. Las máquinas de las que Sally había escuchado que maldecían. Las que le negaban el pan al pobre, a todos, con excepción de unos pocos. No habían visto los que maldecían que las máquinas estaban sujetas con grandes tornillos, que estaban atadas como los animales del establo, para ser utilizadas como jumentos. Sally era testigo de eso. Siempre había creído que las máquinas eran cosas mudas, encadenadas, que sin quererlo sacaban de quicio a la gente. Hechas a la perfección y dispuestas al trabajo pesado, atornilladas al suelo y a lechos de piedras, eran acalladas con maldiciones, a veces golpeadas, Sally había leído la palabra sabotaje, sabía que significaba. Pero una máquina, el cerebro por fuera del cerebro, no era fácil hacerla añicos. Igual de injusto como hacer añicos al buey que Sally arreaba por los lados del lago. Qué no había leído Sally en el papel ordinario de Liter-Olle. Tampoco tenían culpa los que habían inven-

tado las máquinas. ¿Pero quién, entonces? ¿De quién era la culpa? No era culpa de las máquinas que fueran utilizadas para hacer cañones.

Era tan sencillo, no se podía abusar de las cosas, las máquinas eran algo de las tragedias de las cosas, abuse de las cosas. Sally se levanta, le gustaría escribir eso. Acostumbraba a escribir lo que pensaba. Era tan divertido leer aquello después de que se había olvidado. Se creía que uno podía sacar hierro de la tierra y hacer con ello lo que se antojara, porque el hierro no tiene nervios. El pequeño chillaba y se mueve, ella lo pone en su pecho e intenta dormir.

El marcador de hora. A la sección de fuerza tiene que correr. Allí acostumbra el maquinista a echarse una siesta en noches tranquilas como esta. El brillante piso de cerámica, la dorada maquinaria era más que todos los cuentos que ella había leído. Sally sabía que pasaba al espichar algún botón. Cualquier dinamo comenzaba a trabajar, movía las pesas o los fuelles o las fresadoras, hacía mucho más que el anillo de Aladino. El maquinista despierta cuando ella cierra el pequeño llavero. ¡Así que eres tú! Sí, papá necesita dormir. Se acuesta y de nuevo queda dormido. Ella camina con cuidado a través del oscuro taller de herrería, pedazos de carbón crujen bajo sus pies. La pequeña lámpara cerrada ilumina un anillo, grande como una copa de café.

A la carpintería donde se fabrican los tamboriles del cañón. Allí todo está limpio, huele a madera recién cortada. Se sienta algunos minutos en un tamboril a medio hacer. El fuerte olor a resina la adormece. Mira el viejo reloj de bolsillo, solo dos minutos más, y

luego el último pase: el arsenal de granadas. Ahí adentro todo es tan bello, tan vacío, tan acabado y frío. La luna alumbra a través del ventanal cerca del elevado techo con láminas de hierro para los vidrios. Las granadas blancas están en filas organizadas, empacadas, como botellones de vino en un depósito.

Un silencio sepulcral en el gran salón la invade de miedo. Las granadas estaban ahí por miles como larvas a punto de reventar (Sally sabe que a veces explotan y entonces hay sepelio y llanto y lamentaciones), grandes larvas listas para reventar para dar paso a enormes bichos. Así parecía en la fantasmal luz de luna. Un llavero había en cada gaveta y el celador nocturno debía pasar a través de todo el complejo que era tan grande que se necesitaban diez minutos para salir tanteando en la oscuridad. Aún caminando con cuidado los pasos de ella hacían eco como tormenta en la noche. Quedaba enferma de pánico después de cada ronda. Cada hora la misma ronda.

Primero la gran fábrica, poblada de máquinas, cálida y viviente. La bella estación de fuerza con su viejo, amable maquinista. La carpintería con sus limpias maderas, su olor a resina, y por último el terrible, sombrío almacenamiento de granadas, allí uno de los resultados de la fábrica estaba ordenado en filas y allí donde papá, después del tercer llamado de atención y amenaza de despido, se colgó.

Sally no puede dormir, las nubes revolotean como nubes, como hormigas, como tejidos a su alrededor.

-Ahora han reventado las larvas, se dice así misma, ahora han re-

ventado. Hay guerra, el depósito de granadas debe estar desocupado, o deben estar trabajando día y noche en la fábrica.

El pequeño se ha dormido, pero Sally no puede dormir. Sally está en un atajo.

Mucha maldad ha sufrido, pero no ha sido más que otros, eso lo sabe ella. Ahora estaba acostada y se angustia por haber parido en plena guerra. Sabe por los periódicos que halagaran a la parturienta que da el hijo a la guerra. Esas mujeres no tenían miedo, amaban a su patria. Esto ponía las cosas peor, contra esas mentiras celestiales nadie podía luchar. Papá se colgó. Quizá no por miedo a perder el trabajo. Sally recuerda que papá siempre hablaba de justicia antes de que lo emplearan en ese bello lugar.

Se sume más y más en el desaliento. Olvida sus hijos, de pronto siente el duro pan de la vida, siente que existe, que es imposible existir en este mundo, imposible vivir. ¡Mañana, mañana! Mañana quedará ingrata, con el último, el último guerrero, último soldado. Nunca más parir, ¡nunca más! Mañana, sola, sola, agradable soledad, lejos de todo, en la eternidad, lejos de la abuela, de papá, de todos los que partieron antes, de la abuela Sofi. Mañana vendrá la felicidad, el descanso. ¿Quién puede vivir y parir con el resonar de cañones y pobreza? Dar a luz mientras las granadas estallan. El depósito de granadas. Mañana. Una placidez se apodera de ella. La de la duda. La última inmovilizante calma y el saber de la duda. Saber ante la muerte. Es el momento más negro de Sally. La miseria de la vida le ahogó su cuerdo instinto. La muerte se convirtió en ganancia.

Mañana, sola. Ellen se llevara los niños, todos menos el recién nacido. El seguirá a Sally en su viaje. El último viaje. La última mudanza. Después todo quedará en calma, en calma. Ninguna voz más. Ningún mordisqueo. Nada de hambre, nada de sufrimiento. Los pensamientos la adormecen. El apacible sueño también llega. Es como si hubiera esperado este instante para subir su veto. Buen sueño, el don más preciado de la gente, cercano a la muerte.

A la mañana siguiente Sally despierta a la vida.



SROGSGAVEL 1998

Ivar Lo-Johansson*

La tumba del buey

(CUENTO)

Traducción: Víctor Rojas

En la primavera los bueyes araban la tierra para la siembra. De nada servía golpearlos. Se caían, lánguidos por el hambre, acabados por jaeces, consumidos por el humus gris, y una vez llevados a casa se echaban sobre los desperdicios.

-Llévenlos a que los hagan leña, decían desde hacía más de cincuenta años los peones de la descuidada finca. Para nada sirven. Córtenles las piernas, vuélvánlos harina.

Uno de los bueyes murió. El animal permaneció echado durante unas semanas, le daban de comer musgo y paja, pero no arriscó a levantarse a pesar de los golpes que le daban en las patas. Eso fue recién entrada la primavera. El pasto empezaba a reverdecer por las colinas. Pero el buey murió.

-Se murió Musgoso, dijo el capataz. Apúrenle, aprovechen para arar mientras el otro está en pie. Denle palo, si nada más sirve... Apurados empezaron a arrear al animal. Pero el animal más se debilitaba con el afán.

Los verdes pastos crecían despacio en la descuidada finca. Había tanta sequía que los matorrales se secaron. Era como si el pasto no quisiera salir. Una ramilla aquí, otra allá. Y el campo quedaba débilmente vestido, iluminado por el rojo de algún matorral seco.

-Hoy morirá un animal, decían los siervos de la descuidada finca.

Los animales eran llevados a los campos de cultivo en las mañanas. Desgonzados andaban a la utilería, pero tan pronto los iban a cinchar no querían dejarse. Y cuando por fin les ponían los aperos, se quedaban quietos, amarrados y cinchados.

Los peones intentaban hacerlos mover, primero con golpes suaves, luego con azotes. Algo se movían los animales. Jalaban lo que podían. Los rejos aun así quedaban sueltos. Las rastrilladas chuecas como caminar de borracho. Y así los bueyes iban y venían en los campos de siembra.

-¿Y ahora?, se preguntaron los presentes.

-Golpear... Levantaron de nuevo los látigos.

-Yo no lo voy a azotar más, dijo el hombre que tenía al buey en su



Estudio para la vuelta de la pesca. Joquin Sorolla

lla, y hasta en la cabeza. La punta del látigo le alcanzó los ojos. Pero el buey no se levantó.

Un insecto, el matabuey, comenzó a poner el huevo en la cutícula sin darse cuenta del estado del buey. Y al buey ya nada le importaba.

-¡Desamárrelo, si no se lleva al otro!, le gritó un arriero al otro.

El jornalero intentó una vez más que el arrodillado animal se pusiera de pie. Pero fue peor. El bovino se levantó a medias, tomó impulso pero volvió a caer pesadamente, causando un ruido sordo.

-¡Desamárrenlo!, el otro buey ya había reulado.

Desamarraron al caído y alejaron al otro. El rastrillo quedó ahí, clavado en la tierra, como una súper poderosa herramienta que nadie podía mover.

El buey se quedó echado donde cayó. Se hundió en el musgo. Se acomodó un poquito. Después de desgonzarse y miró apagadamente, mientras todos especulaban de él y ya nadie se preocupaba del látigo mojado en aceite de lino.

Mientras se sembraban las semillas, moría el resto de los animales. Mientras el pasto crecía despacio, murió el animal. El desconcerto cubrió el campo.

-¿Y ahora?, se preguntaron los presentes.

-Golpear... Levantaron de nuevo los látigos.

-Yo no lo voy a azotar más, dijo el hombre que tenía al buey en su

yunta.

- Nosotros lo intentaremos... nosotros.

-¡No lo va a golpear más!, dijo el peón. ¡En cambio de comida se le han dado demasiados latigazos.

-Entonces hay que sacarlo de aquí, dijeron los otros

-No se puede sostener de pie por sí solo.

-No, nosotros lo llevaremos.

Mientras se sembraban las semillas, moría el resto de animales. Semilla y pasto no alcanzaban a crecer. Los animales no podían pensar en mejores tiempos que vendrían alguna vez, en algunas semanas o algo así, o en un año. Morían, agobiados por los instantes, sin soñar en mejores tiempos. No tenían más perspectivas que el esfuerzo y el golpe del momento. Los peones estaban desconcertados hasta que llega el capataz.

-¡Acá, el látigo!, gritó.

El látigo zumbó por las ahuecadas caderas que en un buey echado no son descarnadas, pero los ojos tenían el mismo brillo opaco y el cuerpo no se movía.

-¡Intenten levantarlo!, ordenó el capataz.

Intentan levantarlo. Luego lo golpean de nuevo. Luego levantarlo. Y después sólo lo golpean. Finalmente levantarlo y golpearlo al tiempo. Pero ni por esas el animal ponía empeño a pesar de que aún estaba con vida. Solamente el matabuey salió volando de su hueco en la cadera después de haber puesto el huevo.

-¡Voy a hacer que se levante! Yo mismo, dijo el capataz, y arrojó el látigo. ¡Traigan leña!

Recogieron chamizos en el campo de cultivo.

Los hombres recogieron grandes cantidades de leña seca y con ella se acercaron al animal que bufaba.

-¡Hagan un anillo con la leña!, ordenó el capataz.

Pusieron la leña alrededor del animal caído, ni muy cerca ni muy retirada.

-Retírense, gritó el capataz. Ya verán como lo hacemos mover. ¡Vamos a ver un nuevo buey!

Encendió el anillo de chamizos. La leña seca levantó fuego a gran velocidad. Un anillo rojo en el grisáceo campo de cultivo ardía estridente.

Entonces el pobrecito animal se apresuró a levantarse. El buey tomó impulso y con lo último de sus fuerzas se arrojó por fuera del llameante anillo.

-¡Agárrenlo, pónganle la cincha!, gritó triunfante el capataz.

Pero se apresuró a decir. No vieron un nuevo buey. El animal logró salir del anillo de fuego. Algunos cuerpos de distancia, contra un montículo, se fue de rodillas y trató de salvarse de esa manera. Cayó de hocico en el campo de cultivo, después quedo echado ahí, derrotado.

Los hombres se acercaron y miraron al animal. No lo golpearon esta vez. Una parte del pelambre de la cadera estaba quemada. Ladearon un poquito la cabeza del buey para que el hocico quedara fuera de la tierra.

- ¡Voy en busca del matarife! ... Uno de los siervos salió corriendo. Sus botas arrancaron musgo, una nube de tierra se levantó en su camino. Pero el capataz le gritó que regresara.

-¡Tendrá que vivir, este no va a morir, corra más bien en busca de un puñado de avena machacada!, ordenó el capataz.

El siervo salió corriendo. Regresó con la avena machacada.

-Aquí tienes avena, Musgoso...

Con esto le llegó al buey un tiempo milagroso. Recibió la avena machacada y seguro creyó que

se encontraba en el cielo de los bueyes cansados. Pero cuando se iba a comer la avena machacada, no la pudo pasar. Así echado se quedó un tiempo. Afuera, día y noche. Las primeras noches lo cubrieron con una cobija pero después el viento se puso caliente y tuvo que quedarse destapado. Comió un poquito, y cuando el pasto había crecido algunos milímetros alrededor, echado lo rumió de forma maquinal. A pesar de todo eso, no se alivió. A unos pasos de allí se veía un anillo de cenizas que el fuego había formado con la leña quemada.

Pasó una semana, y dos. Pero igual, una mañana el buey murió.

-No te apuraste con el puñado de avena machucada, dijo el capataz.

-Hemos tenido toda la primavera para nosotros, ahora es verano, dijo el peón, y el capataz calló. Muy bien sabía que había perdido la partida con el terco buey.

Ahora todas las esperanzas se habían acabado. Lejos llevaron al buey y lo enterraron cerca de un riachuelo. Los otros bueyes, con los que arrastraron al buey muerto, ya se habían empezado a reponer de la gran hambruna. El pasto de nuevo reverdecía en todas las colinas. Cuando iban a enterrar al buey muerto, se abrió uno de los muchos moretones que tenía en el cuerpo y de allí salió volando un insecto. Era el matabueyes.

Después de algún tiempo apareció la lluvia y el verano llegó con calidez y sol, con más lluvia, y el pasto creció con fuerza. Los otros animales fueron sacados a pastar en las noches y de nuevo empezaron a engordar. El tiempo de las vacas flacas había pasado. El pasto creció, por doquier, con la lluvia, el sol o el rocío. Pero después de algún tiempo creció más alto y exuberante en cierto lugar, en una mancha cercana del riachuelo.

-Coman, aquí es como si fuera abono de riquezas, decían los peones al tiempo que mostraban el jugoso pasto de hoja ancha. Pero los animales no querían comerlo.

Había una abundancia innecesaria de pasto, justo en aquel lugar. En la tumba del buey.

*Ivar Lo-Johansson (1901-1990) Nació en el hogar de una familia de siervos. Su trabajo literario contribuyó a la abolición del sistema de los "Statare" en 1945. Se desempeñó como albañil, leñador y periodista. Se destacan sus novelas *Måna está muerta* (1932), *Buena noche tierra* (1933), *El tractor* (1943), *El analfabeta* (1951).

Jan Fridegård*

Una noche de julio

(APARTES)

Traducción: Víctor Rojas

Al siguiente verano estalló la huelga entre los jornaleros agrícolas. Era como un nubarrón amenazante en pleno furor de siega de heno para el otoño. Las pesados prados de tréboles olían a avanzada madurez y en el jardín avivaban como campos de batalla los grandes hileras de fresas rojas. El terrateniente y sus parientes recogían con todas sus fuerzas, pero solo lograban salvar una pequeña parte de todo lo que crecía en aquellos calurosos días de julio.

La noche anterior al estallido de la huelga habían tenido asamblea los siervos de la comarca. La directiva había dado la orden de que no entrarían en huelga quienes cuidaban el ganado y las ordeñadoras pero que en caso de endurecimiento también deberían hacerlo.

-Pero si ninguno le da de comer y beber a los animales, dijo From a sus compañeros cuando iban de regreso a casa, entonces sufrirían por culpa de las desavenencias y travesuras de la gente. ¿Cómo haremos cuando los escuchemos bramar sin poderlos ayudar?

-No es tu culpa, dijo un peón llamado Bredlund y quien era el responsable de la huelga en la finca. Todo lo que exigimos es que nos paguen como debe ser para que podamos vivir como seres humanos. Durante tres años le he rogado al patrón que arregle el techo del rancho para que no me caiga la lluvia por las noches y que también encierre con tablas la cochera para que al cerdo no se le congelen los pulmones cada invierno.

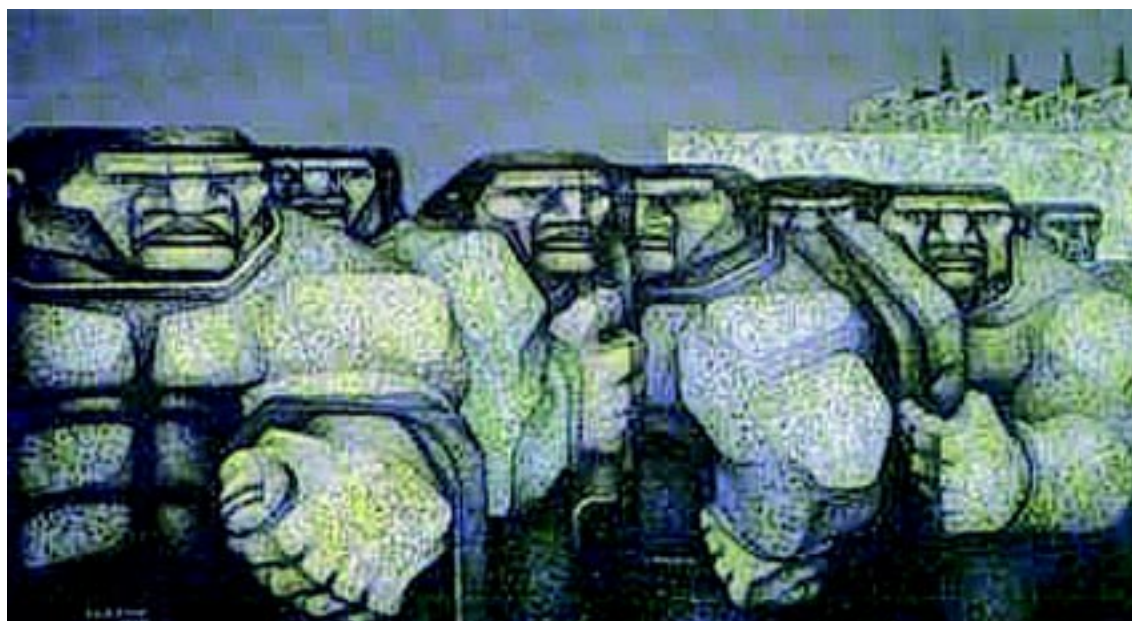
-Así es, confirmaron varias voces del grupo.

-Sí es cierto, pero no por eso tienen que sufrir los animales, ripostó From.

-Ese From será capaz de romper la huelga e irse a trabajar a la finca, dijo con ira un joven siervo recién casado.

-No, eso no lo haría, so pendejo, dijo From enojado. Y además, si yo estuviera en tu cuero me quedaría callado. Cuando se está en tu edad se cree que uno todo lo entiende y abre la bocota así porque sí.

-No van reñir. Aguanten que necesitamos estar unidos para ganar esto, intercedió Bredlund. Se dice que los patrones en toda la comarca han llamado a Estocolmo y contratado esquirolas.



Huelga. Ricardo Campari

-¿Qué? ¿tantos de esos hay allá?

-En las grandes ciudades hay cualquier clase de gente y no les será difícil traer un tren cargado con esos chulos y repartirlos en las fincas. Cómo van a manejar las máquinas de los cultivos y amarrar la cosecha, eso es otra cosa.

Los caminos se bifurcaron hacia los diferentes poblados de peones.

-Puedes quedarte tranquilo, From, continuo Bredlund. Nadie pondrá en riesgo la huelga de la finca, buenas noches, muchachos.

Al día siguiente estaban paradas las máquinas y resplandecían a la luz solar, los caballos pateaban en la caballeriza y un ambiente tenso ahogaba el poblado, era como si toda la naturaleza estuviera asombrada. Aquellos fuertes hombres de azul que eran parte de la tierra, los caballos y la amarilla luz solar, ¿dónde se habían metido?

Al mediodía aparecieron. Salían de todos los rincones y formaron un grupo sentado en el camino, sobre un montículo.

-A la gran puta, qué raro todo, no se sabe cómo hacer para que el tiempo pase, dijo alguien.

-Los esquirolas llegaron en el tren de mediodía.

-Se los va a llevar el diablo, dijeron los peones jóvenes, pero los viejos movieron la cabeza.

-Nos quedaremos aquí sentados a verlos pasar, pero nadie los va a provocar, dijo Bredlund.

Esos pobres diablos siempre han

estado acosados por la ley, pero ahora cuando los poderosos ocasionalmente los necesitan, entonces escriben, hasta nueva orden, una nueva ley que los protege contra nosotros.

-Pronto oscurecerá más temprano, dijeron algunos del grupo. Un hombre llegó a pie desde la casa señorial. Era gordo y grande y a veces se limpiaba la frente con un pañuelo.

-El patrón, dijo una voz.

-viene camino aquí, dijo otro. El hombre gordo daba pequeños y apresurados pasos y se le veía alterado. Cuando estaba a diez pasos del silencioso grupo, rezongó con voz ronca:

-¿Por qué no saludan? ¡Levántense y saluden!

Nadie respondió ni se movió.

-Por cierto, no pueden estar acá en la finca si no van a trabajar.

-Sí que queremos trabajar pero con justo salario y ¿dónde quiere que nos metamos si no podemos estar acá en la finca?, dijo Bredlund con calma.

-¡Esta es mi tierra y aquí mando yo. Fuera de aquí!

-Sí, pero tenemos que estar en la tierra de alguien, ya que nosotros mismos no tenemos. No podemos tampoco mantenernos en el aire, que al parecer también es de ustedes.

-No les da pena estar sentados ahí sin hacer nada a pesar de lo fuerte y grande como son.

-¿Y ustedes qué? Acaso no son igual de fuertes y grandes y nunca

han jornaleado.

-Eso no tiene nada que ver. Ustedes son unos desagradecidos bellacos. ¿Acaso no les permití sembrar arándanos en cada barraca?

-¿No le he pedido durante tres años que me repare el techo para que no me caiga lluvia en la cabeza cuando estoy comiendo?, preguntó Bredlund

-¿Acaso no es hombre para que usted mismo lo haga?

-¿Si soy hombre? ¿No se acuerda que aquella vez tomé un par de tablones pero usted llegó y me regañó y me dijo que yo era un ladrón? ¿Entonces con qué yo voy a arreglar el techo? ¿Con chamizos?

-Los peones rieron con burla y disfrutaron la ocasión de poder contestar al superior. El terrateniente se dispuso a irse y con mirada amenazante dijo:

-Tienen un mes para que desocupen sus viviendas. Voy a traer gente que quiera obedecer y trabajar. Ya están acá.

Y al instante llegó el camión de la finca atiborrado de hombres. A una señal del terrateniente se detuvo al frente del grupo.

-Bienvenidos, dijo el patrón y permitió que su rostro lleno de furia se ocultara al sol. son muy amables en venir a ayudarme. Nos llevaremos bien. Maneje hasta la escalera grande y tomaremos café.

Un par de los recién llegados dieron gracias a media voz. Miraron de reojo a la enojada tropa

que estaba sentada sobre el pasto. Dos de ellos estaban recién peluqueados y tenían en su piel el color cenizo, característico de la cárcel. Otro par llevaba puesto un moderno pero mugriento vestido y delgadas y blancas manos con anillos en los dedos. La mayoría se veía como si recién hubieran salido de los peores cafetines y lucían molestos por la luz solar, el aire y la limpieza campestre.

-¿Creerán que ustedes son una agradable compañía, desventurados pecuecudos, no?, preguntó el más joven de los peones.

Nadie respondió, el camión avanzó hacia la casa señorial y la mesa donde estaba el café.

-Mañana temprano empezaran, dijo Bredlund. Vamos a ver cómo les va.

Los esquirolas fueron acuartelados en una cabaña que estaba desocupada a unos metros de la finca. Metieron pajas en bolsas que colocaron en fila sobre el piso a modo de colchones. El terrateniente estaba ahí, dando consejos y orientando.

-Sólo falta que se encierren, dijo cuando salió de allí ya al anocheecer.

-En peores cosas hemos estado, dijeron algunos de los esquirolas. Ningunos peoncitos nos van a asustar.

A la vera del bosque había una media docena de silenciosos peones cuando el patrón cruzó.

-¿Qué hace aquí?, les preguntó bruscamente.

-En alguna parte tenemos que estar. Aquí o allá, que importa eso.

-¿Saben la ley agraria?

-Por supuesto, de memoria.

Pero a la medianoche cuando la conversación entre quienes estaban tirados en el piso se había terminado, el silencio fue roto por un violento estruendo, un grito y un golpe seco. Una piedra de cinco kilos había traspasado la ventana, llevándose el marco y dado en la pierna de uno de los hombres.

Afuera se oyó una risa contenida y una sombra salió zumbando por entre los matorrales. Al filo del bosque se agachó y corrió por entre los diques hasta que alcanzó una de las barracas donde vivían los peones y allí entró.

-¿Dónde has estado? preguntó desde la cama la mujer del más joven de los peones. ¿No estarás haciendo males?

Yo sólo he enviado un saludo a

*Jan Fridegård (1897-1968). Proviene de un hogar de siervos. Su obra y su vida están relacionadas. Trabajó como soldado. Vivió una vida llena de necesidades. Escribió artículos en la revista literaria *Brand*. Su primera novela *Una noche en julio* (1933) tuvo gran acogida entre los lectores suecos. Su novela *Jag Lars Hård* (1935) (*Yo, Lars Hård*) está traducida en varios idiomas entre ellos el español.

los sicutados a través de la ventana, respondió el siervo y rió. Por lo visto dio en el blanco porque el desgraciado pegó un grito.

-Oh Dios, esto nunca tendrá fin.

-Sí, si solo mantienes la boca cerrada. A nadie le digas que he llegado bien noche.

-¡Ni loca que estuviera!

-Un desgraciado pegó un grito, dijo el siervo complacido, y se sacó la ropa y se metió a la cama de la esposa.

Al amanecer fueron los siervos a ver qué hacían sus reemplazos. El patrón y los esquirolas ya habían hecho un agitado corrillo en la colina de la finca.

-¿Quién ha tirado piedra a los señores acá y estropeado a uno de ellos?, gritó el patrón.

-¿Piedra? Nosotros hemos estado en nuestra casas, cada cual en la suya, respondió Bredlund sorprendido.

-¡Al diablo!, tan pronto el alguacil se levante lo llamare. También han dañado la habitación. Vamos a conseguir al culpable.

Y enseguida se dirigió a los esquirolas y comenzó a repartir el trabajo.

-¿Quién de ustedes ha hecho esos sin tener cuidado?, preguntó Bredlund en voz baja.

Nadie se echó la culpa.

-¿Fuiste tú? se dirigió al más joven de los siervos.

-¡Yo! ¿Por qué me hecha mi la culpa? ¡Vete al diablo!

-Está bien hecho, así hayas sido tú o no, dijo Bredlund complacido. Quién haya tirado la piedra, nunca lo diga, pase lo que pase. Lo echaran a la cárcel por muchos años.

Los esquirolas sacaron los caballos que resabiados y extrañados recogían las orejas cuando veían a esos extraños personajes hacerse cargo de ellos. Tres de los

siervos jóvenes seguían a la distancia uno de los hombres que le tocó la segadora de heno y se encaminaba a lo lejos hacia un floreciente campo de tréboles que era donde el rollizo dedo índice del patrón señalaba. Cuando llegó se detuvieron los siervos a prudente distancia y observaban en silencio lo nervioso que estaba el hombre manipulando aquella máquina desconocida, mientras lanzaba tímidas miradas contra ellos. Cuando creyó que todo estaba listo se trepó a la máquina y chascó a los caballos. El equipaje se puso en marcha. La maquinaria rechinaba animadamente pero los cuchillos estaban tan altos que sólo las flores eran apiñadas. Por donde pasaba quedaban los tréboles como antes, sólo les quitaba la parte florecida.

El de la segadora, vestido de cheviot, dio una vuelta completa y se sintió más seguro. Pensó que todo estaba en orden y que el trabajo de campesino era una nadería para un hombre como él. Sólo si los siervos no estuvieran ahí restando con sonrisitas socarronas.

-Es como si lo hubieran mandado a cortar flores, gritó uno de ellos y los tres soltaron una carcajada burlona.

Pero el novato jornalero continuó cortando los copos de flores, olorosos a miel, de los tréboles hasta que el terrateniente llegó.

-Mírenlos ahí, grandísimos tozudos, y no le pueden mostrar aquí al señor, como se pone el cuchillo, gritó a los tres siervos.

-No, todavía no, pero quizás llegue el tiempo en que podamos mostrarle a los señores cómo va puesto el cuchillo, respondió el joven siervo.

-Eres el peor de todos. Te voy a tener entre ojos, prometió el patrón.

Edith Södergran

Edith Irene Södergran nació en San Petersburgo el 4 de abril de 1892, en una familia burguesa de habla sueca. Su padre, Matts Södergran, trabajaba en una compañía de Alfred Nobel.

En 1902, Södergran ingresó en la Petri-Schule alemana en San Petersburgo. Influenciada por Heinrich Heine y Johann Wolfgang von Goethe, escribió sus primeros poemas en alemán, cambiando posteriormente al sueco. No obstante, los germanismos se convirtieron en una constante en su lenguaje. Durante aquella época criticó en sus escritos, entre otras cosas, el sistema zarista, sin tomar ninguna postura política clara. Su padre, que tenía tuberculosis, volvió a casa en 1907, tras una estancia en un hospital de Nummela. Los temas relacionados con la muerte, muy populares entre los decadentes, empezaron a aparecer en su poesía.

Södergran contrajo la misma enfermedad que su padre, siendo tratada en Nummela en 1909. Desde 1911 hasta 1914 vivió principalmente en hospitales en Suecia, donde empezó a estudiar Italia y a leer a Dante. En 1914 regresó a Finlandia, llena de esperanzas con respecto a su futuro. Al año siguiente, conoció en Helsinki al escritor Arvid Mörne (1876-1946), que la animó a seguir escribiendo. Se cree que un encuentro casual con el filólogo Hugo Bergroth (1866-1937) fue el motivo por el que dejó de escribir en alemán, pasando al sueco.

Poco antes de la Primera Guerra Mundial se instaló con su madre en la casa de verano en Raivola. Su primer libro, *Dikter* (1916), representaba la naturaleza de su pueblo natal

como si de un sueño se tratara. En un poema amoroso (*Hacia el atardecer refresca el día...*, parte VI) escribió: "Buscabas una flor / y encontraste un fruto. / Buscabas una fuente / y encontraste un mar." Este libro representó una nueva voz en la literatura de aquel entonces, pero no causó demasiado debate, siendo recibido en algunos casos con admiración desconcertada y en otros como si se tratase de algo ridículo, hiriéndola profundamente. Södergran dejó de intentar entrar en los círculos literarios sueco-finés de Helsinki en un vuelo a Raivola.

Su familia perdió sus posesiones en la Revolución Rusa de 1917, motivo por el cual Edith sufrió de depresión y extrema pobreza, pero a pesar de la inseguridad y las duras condiciones de vida en las que se encontraba, escribió *Septemberlyran* (1918), cuya publicación dio pie a un debate sobre su posible locura. Este libro reflejaba fuertes visiones Nietzscheanas y euforia dionisiaca, pues lo que ella quería mostrar era que ni la Guerra Civil Finesa, ni la sangrienta Revolución Rusa, ni la tuberculosis ni mucho menos las críticas la harían dejar de escribir poesía.

Su obra no tuvo una gran aceptación en vida; no obstante, le abrió las puertas al mundillo de la literatura. En una visita a Helsinki en el otoño de 1917, conoció a numerosos escritores, a saber: Hans Ruin, Jarl Hemmer, Runar Schildt, Juhani Aho, y Eino Leino. Pero la más importante en su vida fue la crítica y escritora Hagar Olsson, que reseñó con gran entusiasmo el *Septemberlyran*. Olsson fue a Raivola a visitarla, y ambas mantuvieron una intensa correspondencia.

Su último libro, *Landet som icke är*, fue la preparación de Södergran para la muerte; fue publicado póstumamente en 1925. Los poemas resignados, que buscaban en el país que no existe, fueron recopilados y publicados por el poeta Elmer Diktonius. Edith Södergran murió en Raivola el 24 de junio de 1923. Raivola se convertiría pocos años después en un lugar de peregrinaje para los seguidores de Södergran.



Edith Södergran



Desocupados: Ricardo Campari

La hora de Sofía

Tema: "Medidas humanas: la dimensión antropológica de la arquitectura".

Transmisión: Sábado 19 de abril, 10:00 a.m., YSUCA (91.7 FM).

Invitado: Arq. Herbert Ernesto Granillo, catedrático de la UCA.

Resumen: ¿Está construida la ciudad a la medida del ser humano o es más bien éste el que debe "acoplarse" a las dimensiones alienantes de las máquinas y a las exigencias "constrictoras" del mercado? Los arquitectos deberían hacer suya la idea de que "otra ciudad es posible". A partir del sábado 19, recursos y enlaces relacionados con el tema en <http://www.uca.edu.sv/deptos/filosofia/web/index.php?cat=20>

CAFÉ CULTURAL LA LUMBRE



Invita a las actividades culturales de la semana:

Sábado 12 de Abril 2008:

Música y Más

Con: **Víctor Flores**

Cantautor salvadoreño

Hora: 9:00 pm Entrada Libre

Martes 15 de Abril

Exhibición de la película francoisraelí

«La novia de Siria»

(The Syrian bride)

Director: Eran Riklis

Hora: 8:00 pm Entrada Libre

Miércoles 16 de Abril

Voces nuevas en la poesía.

Con: **Lya Olmedo y**

Guillermo Jovel

Hora: 8:00 pm Entrada Libre

Jueves 17 de Abril

«Sorpresivo»

Hora: 8:00 pm Entrada Libre

Viernes 18 de Abril

* Presentación de la

Revista Cultura No 97-98:

Homenaje al Grupo Literario

Piedra y Siglo

* Recital poético de Piedra y

Siglo: Ricardo Castorriwas,

Rafael Mendoza, Julio Iraheta y

Luis Melgar

Sábado 19 de Abril

Música en vivo. Concierto de la

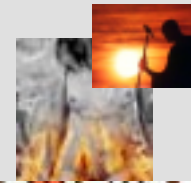
GENERACIÓN LATINA:

Noche Cubana

Hora: 9:00 pm

Cover \$4.00

Dirección: Boulevard Constitución, Calle Londres y Avenida Florencia, No 37, La Esquinilla Amarilla, Colonia Miralvalle, San Salvador. Tel. 25176950 (Antiguo Local de *El Aire*)



DIRECTORIO

Director de Diario Co Latino
Francisco Elías Valencia

Coordinador de Suplemento Cultural Tres Mil
Otoniel Guevara
oguevara@diariocolatino.com

Coordinador de Aula Abierta
Vladimir Baiza
vbaiza@diariocolatino.com

Equipo de producción editorial
Tomás Andreu | tandreu@diariocolatino.com
Roberto Deras | rderas@diariocolatino.com
David Juárez | djuarez@diariocolatino.com
Pablo Benítez | pbenitez@diariocolatino.com
Marcos Navarrete | mnavarrete@diariocolatino.com
Raquel Cañas | rcañas@diariocolatino.com

Colaboradores en El Salvador
Edgar Alfaro | René Chacón | Norman Douglas B. Néstor Durán | Angel Portillo | Jennifer Valiente

Colaboradores en el mundo
Carlos Ábrego en Francia.
Luis Manuel Pérez Boitel en La Habana.
Javier Campos en Connecticut.
Gabriel Jaime Caro en Medellín.

Dirección:
Suplemento Cultural Tres Mil,
Diario Co Latino
23a Avenida Sur, # 225,
San Salvador, El Salvador, C. A.

Telefax:
(503) 22 71 08 22

Las opiniones vertidas en los artículos son responsabilidad de sus autores. No nos responsabilizamos por la devolución de originales no solicitados, ya sean textos o imágenes en cualquier soporte posible. Toda colaboración deberá enviarse por correo electrónico a: 3000@diariocolatino.com



Poemas de Edith Södergran

NADIE TE HABÍA ADVERTIDO

Nadie te había advertido que este día
podría darte tanto tú has estado como
para participar
en un juego que se puede dejar
volver a casa a comer o a dormir cuando la noche
y la noche llega, pero las manos que te agarran
te mantienen en el corino te sudan,
después de un intento te rindes,
continúas el juego sigues sonriendo
pero con otra sonrisa,
aún no acabas de ver que va en serio
a pesar de que el día persigue por la noche
y que las sombras
se mueven lagas y duan
como una carne negra y el primer horror te golpea
cuando por fin comprendes que es justo eso
tu propia vida, pero suepas ese horror
y decides que puedes vivir con él, y se da
cuando llega la primera alegría, después un segundo
horror más grande y una alegría más grande y
los pasos del día persiguen cada vez más profundos en días y noches,
y tú te ríes y luego las risas de todos
y los lantos de todos, y días cada vez mejor inventas
nuevos pasos y sonríes
sonríes y sabes
lo que sabes.
Nadie te lo había advertido al principio



HACIA EL ATARDECER REFRESCA EL DÍA...

I

Hacia el atardecer refresca el día...
Bebe el calor de mi mano
mi mano tiene la misma sangre que la primavera.
Coge mi mano coge mi blanco brazo,
coge la añoranza de mis delgados hombros.
Sería maravilloso sentir
una sola noche, una noche como ésta,
el peso de tu cabeza sobre mi pecho

II

Arrojaste la rosa roja de tu amor
en mi blanco pecho -
tengo sujeta en mis manos
la rosa roja de tu amor que pronto se marchitará...
Oh, soberano de ojos fríos,
acepto la corona que me entregas,
la corona que dobla mi cabeza hacia mi corazón.

III

Hoy vi a mi señor por vez primera,
temblando lo reconocí inmediatamente.
Ahora siento su pesada mano sobre mi ingravido brazo...
¿Dónde está mi cantarina risa juvenil,
mi libertad de mujer con la cabeza al
Ahora siento su firme abrazo en mi cuerpo palpante,
ahora oigo el dulce sonido de la realidad
contra mis fúgiles, fúgiles sueños.

IV

Buscabas una flor
y encontraste un futo
Buscabas una fuente
y encontraste un mar
Buscabas una mujer
y encontraste un alma —
estás decepcionado



AMOR

Mi alma es un taje celeste como el cielo;
lo dejé sobre una roca junto al mar
y desnudalegué hasta ti y parecía una mujer
Y como mujer me senté a tu mesa
y brindé con vino y así el alma de unas cosas.
Me encontraste bella y semejante a alguien que en sueños viste,
olvidé todo olvidé mi infancia y mi patria,
sólo sabía que tus caricias me tenían cautiv
Y tú, sonriendo tomaste un espejo y dijiste que me miras
Vi que mis hombros estaban hechos de polvo se desmoronaban,
vi que mi belleza estaba enferma y ahora sólo quería desaparecer
Oh, aérname entre tus brazos, tan fuertemente
que ya no necesite nada más.

Versión de Renato Sandoval e Irma Sítanen

EL ANSIA DE LOS COLORES

Porque soy pálida amo el ojo el amarillo y el azul,
la gran blancura es melancólica como el arpúsculo
en la nieve,
como cuando la madre Blancanieves a la ventana se sentaba
anhelando también por el ojo y el negro.
El ansia de los colores es el de la sangre Si tienes sed
de belleza
cerar debes los ojos y miren tu propio corazón.
Pero la belleza teme al día y las miradas excesivas.
Pero la belleza no soporta el ruido ni los movimientos excesivos -
no debes llevar tu corazón hasta los labios,
perturbar no debemos los nobles desde la soledad y del silencio -
¿se puede haber algo más grande que un enigma si se resuelve
y con extraños asgos?
Taciturna sé toda mi vida,
una habladora como el garrulo ave que a sí mismo se adiona,
un árbol solitario sé yo en la lanua,
los árboles del bosque piden de ansia después de la tormenta,
debo estar sana de pies a cabeza y tener los ojos en la sangre,
debo ser inocente y pura como un alma de húmedos labios.

Versión de Renato Sandoval e Irma Sítanen

EL SECRETO DE EROS

Roja yo vivo. Con sangre vivo.
No he enegado de los.
Mis ojos labios alen sobre tu frío atar
Te conozco. Eros -
no eres hombre ni mujer
eres la fuerza
que se sienta agazapada en el templo
y que se alza más salvaje que un grito,
más violenta que una piedra roja,
lanzando al mundo las justas palabras la anunciación
desde las puertas del templo donde poderosa

Versión de Renato Sandoval e Irma Sítanen

LA NOCHE ESTRELLADA

Inútil dolor
inútil espejo,
el mundo está vacío como tu risa.
Caen las estrellas -
noche fría y espléndida.
El amor sonríe en el sueño
el amor sueña la eternidad...
Inútil temor inútil pena,
el amor es menos que la nada,
de la mano del amor al abismo se desliza
el anillo de la eternidad.

Versión de Renato Sandoval e Irma Sítanen